



Qué pasa con el franquismo en España¹

LLUM QUIÑONERO*

RESUMEN

Por qué está resultando tan difícil el acceso a la memoria, a los hechos de los españoles; por qué es tan difícil la recuperación de la memoria de las víctimas del franquismo. En 1977 se aprobó una ley de amnistía cuyo objetivo era lograr la excarcelación de los presos y presas antifranquistas, permitir la vuelta del exilio de los supervivientes, pero de memoria nada, mejor no recordar, se decía: borrar y cuenta nueva. Esa fue la transición española, una especie de espejismo de reconciliación –lo sabemos ahora–, en la que los derrotados, o mejor dicho quienes hablaban en su nombre, no pedían cuentas, ni reparaciones, ni responsabilidades, ni depuraciones.

PALABRAS CLAVE: sociedad española, víctimas del franquismo, memoria de las víctimas, memoria histórica.

Fecha de recepción: noviembre 9 de 2010

Fecha de aceptación: noviembre 28 de 2010

ABSTRACT

Why it is becoming so difficult to access memory, to the facts of the spaniards; why is it so difficult to recover the memory of the victims of Franco's regime. In 1977 a law was adopted to amnesty whose aim was to achieve the release of prisoners anti-Franco fighters from, allow the return from exile of the survivors, but memory nothing, better not to remember, said: let bygones be bygones and.

KEY WORDS: spanish society, victims of franco, memory of the victims, historical memory.

1. Ponencia presentada en el Segundo Seminario Internacional sobre Derechos Humanos, organizado por la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Colombia.

* Licenciada en historia, Universidad de Alicante. Posgrado en Comunicación, Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Escritora. Miembro de Aula Feminista, Universidad de Alicante (España). Experta en temas de recuperación de las memorias de las víctimas de los conflictos en el marco del Derecho Penal Internacional.



Vengo a contarles una historia cuyo fin no está escrito todavía. Vengo a hablarles de una herida abierta en la sociedad a la que pertenezco: la sociedad española.

Qué es lo que pasa con el franquismo en España

¿Cómo es posible que después de 30 años de democracia sigamos los españoles y las españolas dándole vueltas al pasado? He tratado de ponerme en la cabeza de ustedes y de hacerme esas preguntas que se hacen perplejos tantos demócratas en el mundo: ¿qué les pasa a los hombres y a las mujeres españoles con la memoria del franquismo? ¿Pero, no se habían reconciliado durante la transición? Aquel paso de la dictadura a la democracia que presentaron ante el mundo como modelo pacífico de cambio, ¿era de verdad aquella transición un modelo? Tal vez la transición fue solo, y ni más ni menos, la única manera de salir de aquella insidia, de aquella dictadura.

Decía Heráclito que nadie se baña dos veces en el mismo río. Y me viene la cita a cuento de que la sociedad española, como toda sociedad, es ese río en permanente cambio, y es en esa permanente transformación donde debemos reconocernos, en este presente.

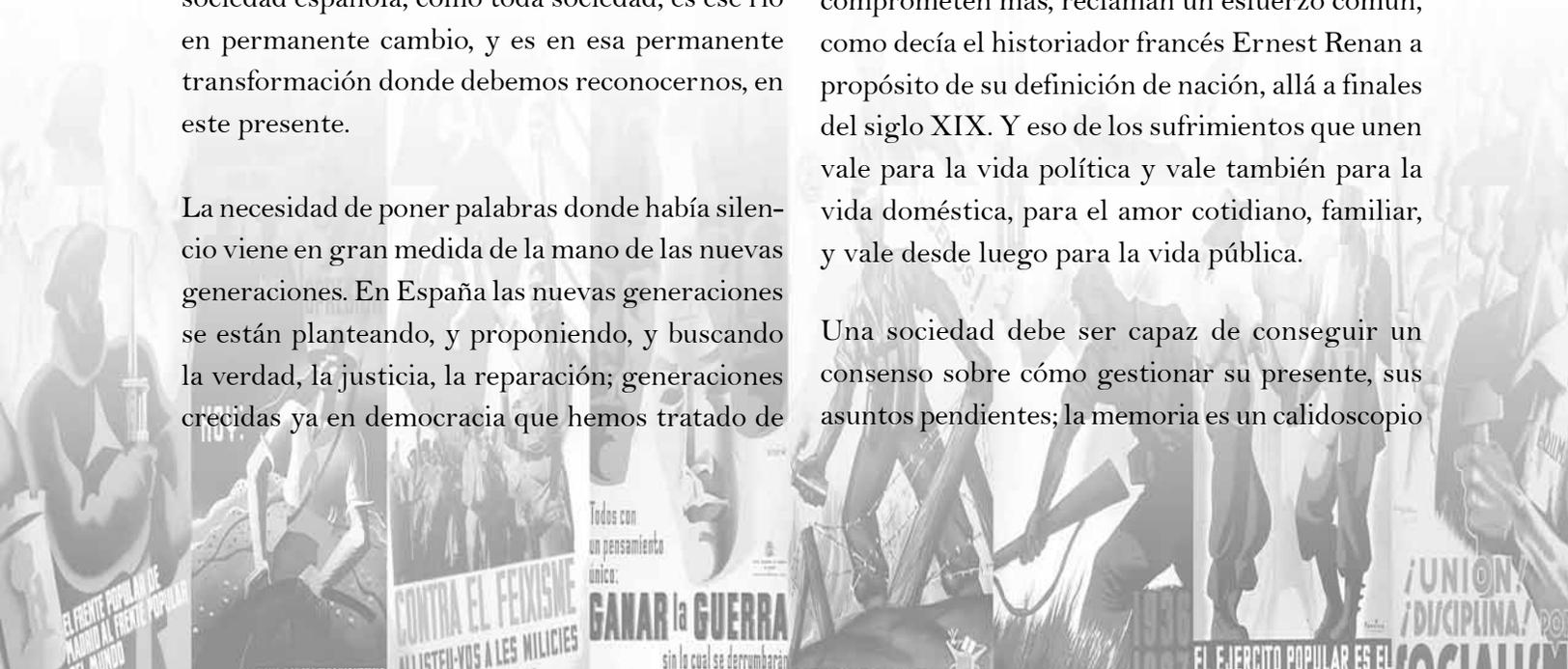
La necesidad de poner palabras donde había silencio viene en gran medida de la mano de las nuevas generaciones. En España las nuevas generaciones se están planteando, y proponiendo, y buscando la verdad, la justicia, la reparación; generaciones crecidas ya en democracia que hemos tratado de

saber y de manejarnos con la herencia de silencios, de olvidos, de glorias antiguas que ahora nos suenan a cartón piedra.

Voy a referirme a los porqués, pero sobre todo quiero hablar del para qué, porque estoy aquí apostando por la esperanza y, como ustedes, mirar hacia la solución, mirar hacia la vida.

Cada generación tiene el derecho y la obligación de comprometerse con su presente y ajustar cuentas para seguir adelante, para eso, para seguir adelante sin dejar más muertos por el camino. Una nación, un país, una sociedad no se hace de una vez por todas, no se hace de una vez para siempre; las realidades, las estructuras, los conceptos cambian y cambian las maneras de afrontar la vida en común. A veces las gentes soportan tiranías, pero de vuelta el río recobra fuerzas y la sociedad reclama equidad, justicia para todos, y es entonces cuando el poder se tambalea buscando un nuevo equilibrio; los signos viejos entonces ya no sirven, aunque la música nos anime la letra ya no vale para el presente y se hace necesario volver a escribirla. Los éxitos unen, pero saben ustedes, los sufrimientos, los duelos, obligan y unen más, comprometen más, reclaman un esfuerzo común, como decía el historiador francés Ernest Renan a propósito de su definición de nación, allá a finales del siglo XIX. Y eso de los sufrimientos que unen vale para la vida política y vale también para la vida doméstica, para el amor cotidiano, familiar, y vale desde luego para la vida pública.

Una sociedad debe ser capaz de conseguir un consenso sobre cómo gestionar su presente, sus asuntos pendientes; la memoria es un calidoscopio





de memorias que tratan de abrirse paso. Ninguna generación nace por esporas, los desvelos de las mujeres y de los hombres que nos antecedieron nos han hecho como somos; no hay borrón y cuenta nueva, ni glorias que supriman los agravios, ni acuerdos que acallen el dolor de los vivos por los desaparecidos, por los muertos abandonados en los ríos o en las fosas comunes. Cada generación debe manejarse con su presente y con el inmenso legado de los suyos, y aprender que la causa del pasado no es la de hoy, porque el presente es la responsabilidad de los vivos y no la responsabilidad de los caídos. Ninguna reparación devolverá la vida a los muertos ni evitará el dolor de tanta pérdida.

La España de hoy no dirime en las trincheras ni su presente ni su memoria, seremos más fuertes si recomponemos los puentes destruidos y escuchamos las palabras silenciadas, el dolor viejo que se quedó encerrado tras la ira, podemos así tomar un nuevo camino. Las generaciones que hicieron la guerra civil en España afrontaron un esfuerzo brutal, sangriento, terriblemente doloroso; la paz, la paz de los cementerios, se decía entonces por lo bajo, llegó de manos de una dictadura funesta

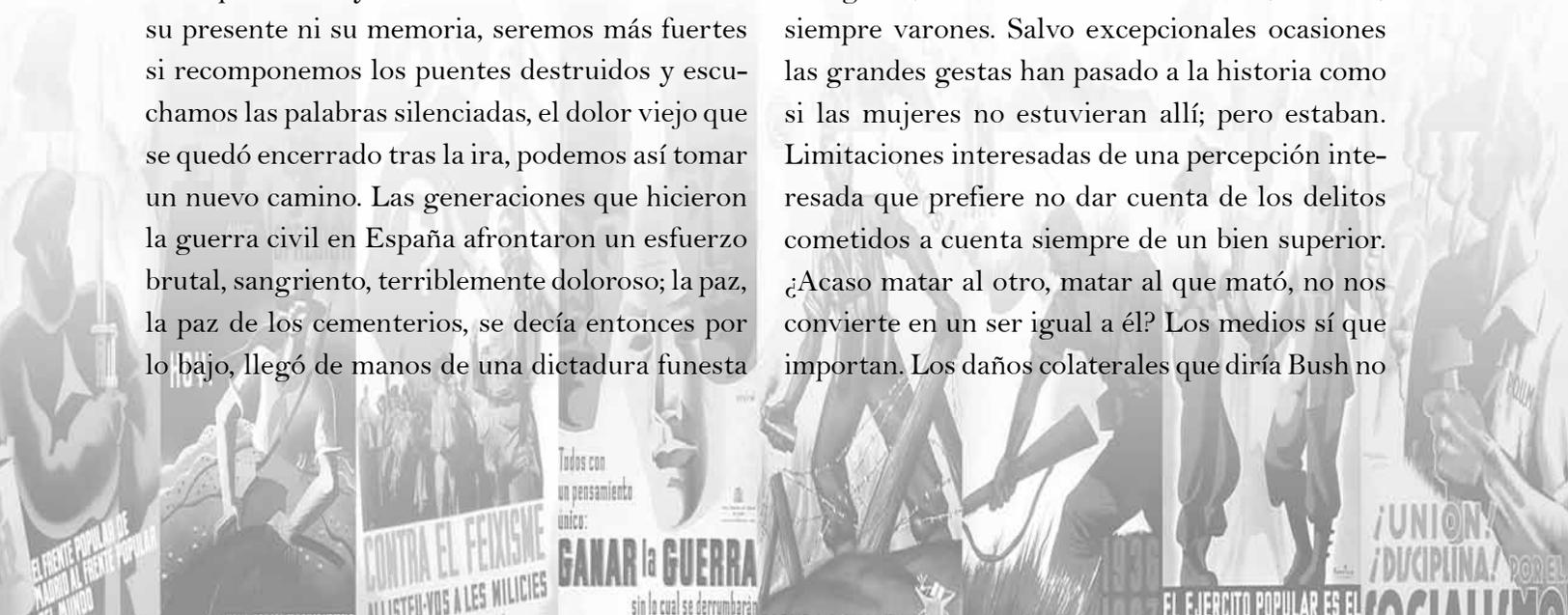
La historia de la humanidad hasta el siglo XX está construida a partir de las glorias de los héroes, de los vencedores; a los derrotados se les denomina desde el estigma, villanos, bandoleros, bandidos, piratas, terroristas, prostitutas y sus actos son siempre tildados de pillaje. En el devenir de la historia a la que pertenecemos, los héroes y los villanos, las glorias de los vencedores y los castigados, han sido tradicionalmente, además, siempre varones. Salvo excepcionales ocasiones las grandes gestas han pasado a la historia como si las mujeres no estuvieran allí; pero estaban.

que se impuso el objetivo de eliminar de plano la disidencia, es decir, eliminar física y políticamente a millones de personas, y lo hicieron. De la experiencia de la guerra llegó la derrota de la

democracia y del Estado de derecho; con la muerte de Franco en 1975 se comenzó a intuir, solo a intuir, la posibilidad del cambio.

La historia de la humanidad hasta el siglo XX está construida a partir de las glorias de los héroes, de los vencedores; a los derrotados se les denomina desde el estigma, villanos, bandoleros, bandidos, piratas, terroristas, prostitutas y sus ac-

tos son siempre tildados de pillaje. En el devenir de la historia a la que pertenecemos, los héroes y los villanos, las glorias de los vencedores y los castigados, han sido tradicionalmente, además, siempre varones. Salvo excepcionales ocasiones las grandes gestas han pasado a la historia como si las mujeres no estuvieran allí; pero estaban. Limitaciones interesadas de una percepción interesada que prefiere no dar cuenta de los delitos cometidos a cuenta siempre de un bien superior. ¿Acaso matar al otro, matar al que mató, no nos convierte en un ser igual a él? Los medios sí que importan. Los daños colaterales que diría Bush no





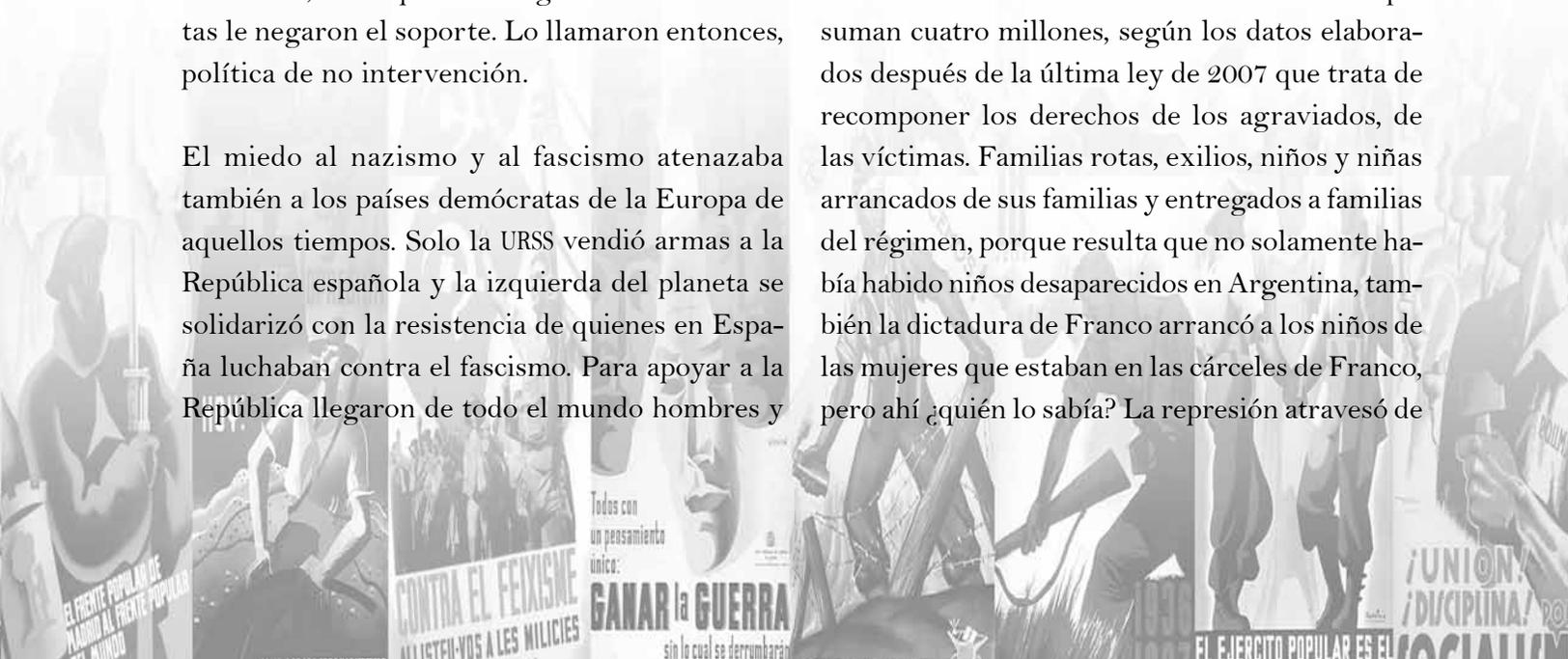
hace tanto tiempo, colaterales ¿para quién? Los medios sí que importan, por eso reclamamos un Estado de derecho para todos, para los victimarios y también para las víctimas.

Pero les he dicho que iba a contarles una historia. Vayamos para atrás en el tiempo. En 1936 un golpe militar acaudillado por algunos generales españoles, entre ellos Francisco Franco, triunfó en algunos cuarteles contra un gobierno democrático. Por segunda vez en la historia española una república democrática abierta, que se declaraba laica, gobernaba los destinos de un país entonces atrasado, en el que los sectores más conservadores del poder económico, la Iglesia más reaccionaria y la aristocracia terrateniente resistían el avance de las ideas democráticas. España era un territorio en el que la inmensa mayoría vivía en la pobreza. Estaban en juego, vaya, el poder y los recursos y una vida más digna para todos. La guerra terminó en 1939, casi tres años después. ¡Ay de los vencidos!, advirtieron los fascistas españoles igual que hacían los romanos en solemnidad frente a sus enemigos. ¡Ay de los vencidos! Mientras los golpistas contaron con el apoyo de la Alemania de Hitler y de la Italia de Mussolini, a la República los gobiernos demócratas le negaron el soporte. Lo llamaron entonces, política de no intervención.

El miedo al nazismo y al fascismo atenazaba también a los países demócratas de la Europa de aquellos tiempos. Solo la URSS vendió armas a la República española y la izquierda del planeta se solidarizó con la resistencia de quienes en España luchaban contra el fascismo. Para apoyar a la República llegaron de todo el mundo hombres y

mujeres jóvenes para alistarse en lo que entonces se llamaban las Brigadas Internacionales; llegaron como soldados, como enfermeras, como periodistas para contar, para luchar, para acompañar, para narrar: sumaron 59.380 hombres y mujeres. Les sugiero que lean, y si tienen la oportunidad que escuchen, la voz de Dolores Ibárruri, la dirigente comunista que les saludaba en el momento en el que también, por acuerdo internacional, obligaron a los Brigadistas Internacionales a retirarse ante la derrota de la República.

Según los golpistas, ocupaban las ciudades aquellas personas que habían tenido un papel en la vida política, cultural o pedagógica, eran detenidas, fusiladas, desaparecidas. En febrero de 1939, a las puertas de la victoria definitiva del fascismo, el gobierno de Franco dictó, ese sí, una ley de responsabilidades políticas —él que había dado un golpe de Estado—; cárcel, destierro, destituciones, inhabilitaciones, multas, confiscaciones de bienes. Tras la guerra la represión continuó año tras año con más cárceles, más muertos, y aún hoy, por eso tal vez, después de tanto dolor, setenta años después del final de la guerra y 36 años después de la muerte de Franco, en España estamos haciendo todavía la lista de las víctimas. Parece que suman cuatro millones, según los datos elaborados después de la última ley de 2007 que trata de recomponer los derechos de los agraviados, de las víctimas. Familias rotas, exilios, niños y niñas arrancados de sus familias y entregados a familias del régimen, porque resulta que no solamente había habido niños desaparecidos en Argentina, también la dictadura de Franco arrancó a los niños de las mujeres que estaban en las cárceles de Franco, pero ahí ¿quién lo sabía? La represión atravesó de





pleno toda la sociedad española con tan buen tino, que en 1975 Franco estaba a punto de morirse y seguía firmando sentencias de muerte: al dictador le siguió un franquismo sin Franco.

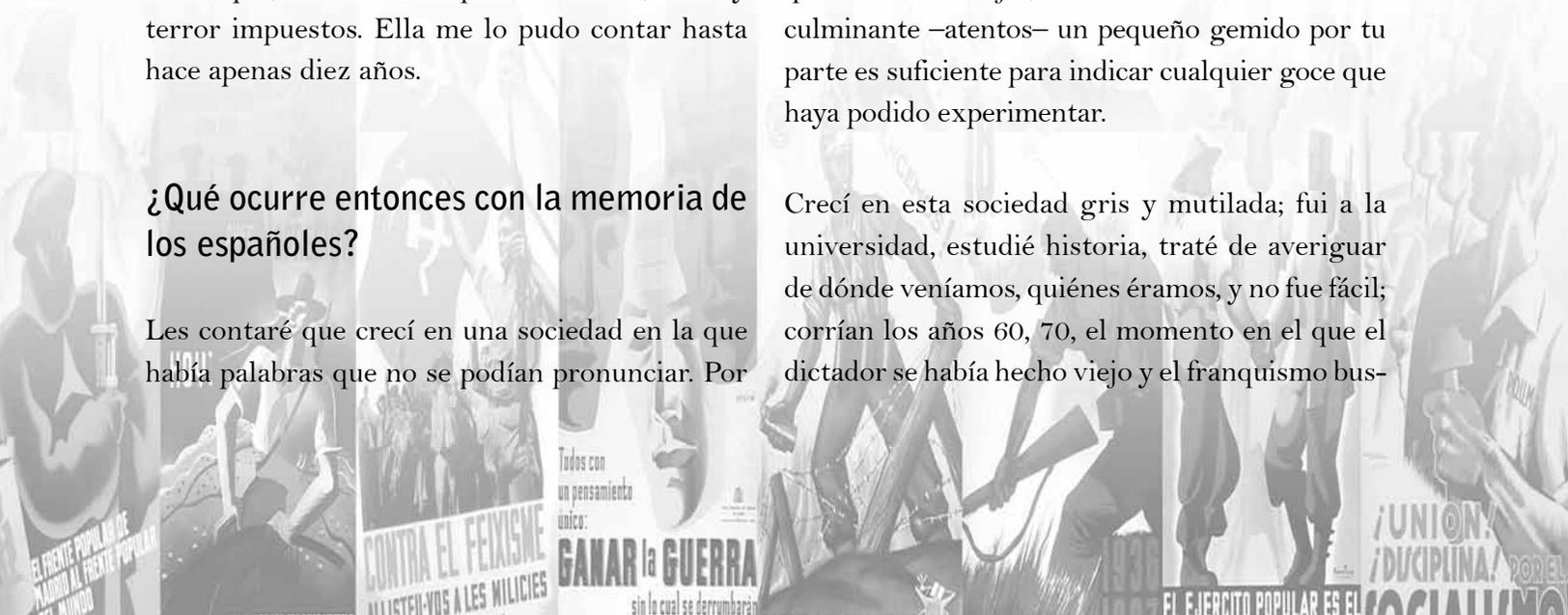
Y seguimos preguntándonos: pero qué pasa con la memoria de los españoles, qué pasa con la memoria de las víctimas. La guerra terminó en la ciudad de Alicante, mi ciudad, y he de contarles que hasta hace diez años apenas mi madre me contó lo que ella misma vio y pasó siendo una niña, porque la guerra terminó allí. Hasta Alicante vinieron sesenta mil personas esperando que a allá llegaran barcos que los llevaran a la libertad, que les permitieran huir de la España del fascismo. Sesenta mil hombres y mujeres, familias enteras que buscaban una libertad que no encontraron. Mi madre, que tenía entonces trece años, me cuenta ahora cómo oyó el murmullo de aquella multitud que empezó a llegar muy cerca de la casa donde ella vivía, aquel murmullo que ella no sabía de qué se trataba: eran miles y miles y miles de hombres y mujeres atrapados en una ciudad sin salida. Los barcos no llegaron y allí se crearon los primeros campos de concentración de la última ciudad que cayó. Pero allí mi madre también escuchó los tiros que acababan con la vida de aquellos que trataban de escapar, el rumor de aquella multitud, dolor y terror impuestos. Ella me lo pudo contar hasta hace apenas diez años.

¿Qué ocurre entonces con la memoria de los españoles?

Les contaré que crecí en una sociedad en la que había palabras que no se podían pronunciar. Por

ejemplo, no se podía decir rojo, se sustituía por encarnado, la gente lo sabía, decía: este es un color encarnado; tampoco se podía decir ruso, por consiguiente no se podía decir montaña rusa, se le llamaba montaña suiza; o no se podía decir ensaladilla rusa que es un plato muy popular allí, se decía ensaladilla nacional, porque era de verdad peligroso decir ruso o rojo. Era el aterrizaje esperpéntico de nuestra ciudad construida sobre la eliminación de la disidencia, la destrucción de los derechos de las mujeres y el terror generalizado; un terror avalado por la Iglesia Católica que aplaudía los crímenes cometidos; un terror que devolvió a las mujeres a la casa bajo el mandato político, por ejemplo, de Pilar Primo de Rivera, presidenta de la sección femenina que guió la formación de las mujeres que nacimos durante el franquismo —yo nací en 1954 y asistí a esa formación a base de rosario que era la formación política para las mujeres—. Doña Pilar decía, entre otras cosas, en sus discursos: las mujeres nunca descubrimos nada, nos falta el talento creador reservado por Dios para inteligencias varoniles. O esta otra perla, estamos hablando de una educación fascista y misógina, decía, ya no hablando de la vida política sino también de la vida íntima: si tu marido sugiere la unión, accede humildemente, teniendo siempre en cuenta que su satisfacción es más importante que la de una mujer; cuando alcance el momento culminante —atentos— un pequeño gemido por tu parte es suficiente para indicar cualquier goce que haya podido experimentar.

Creí en esta sociedad gris y mutilada; fui a la universidad, estudié historia, traté de averiguar de dónde veníamos, quiénes éramos, y no fue fácil; corrían los años 60, 70, el momento en el que el dictador se había hecho viejo y el franquismo bus-



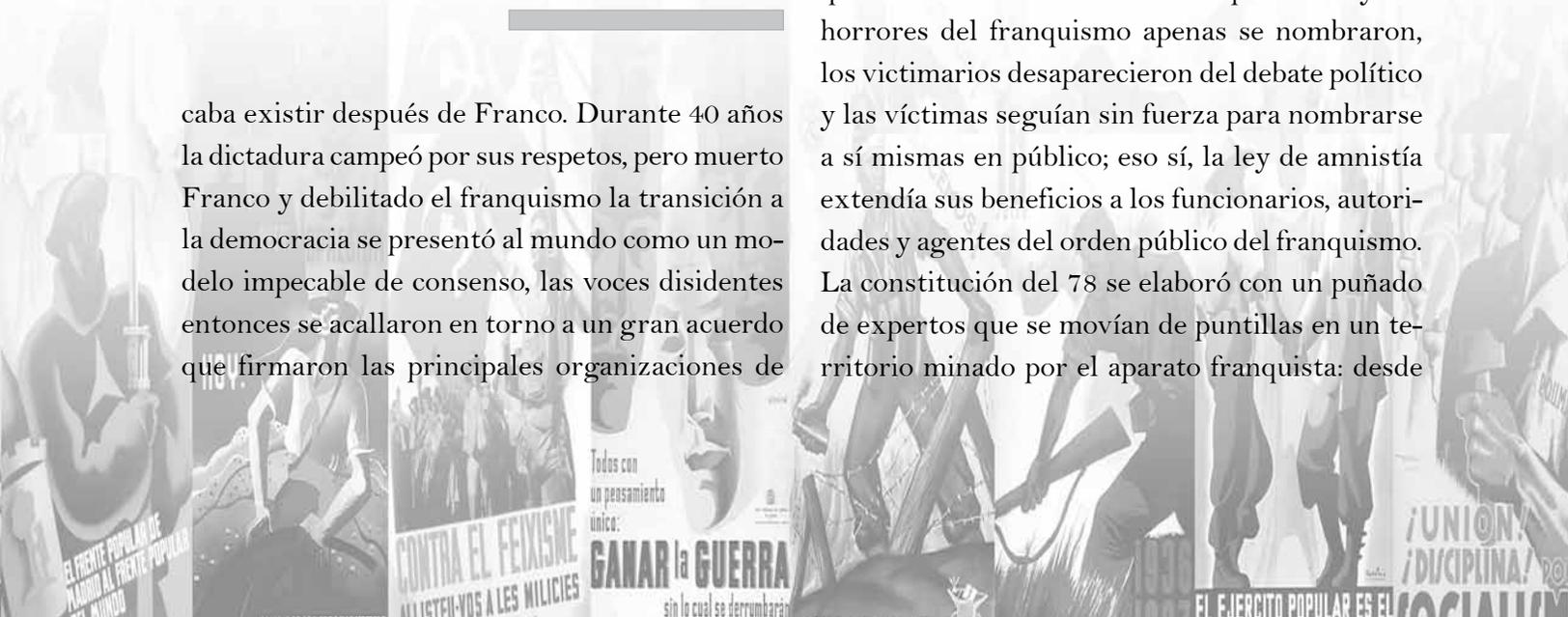


Por segunda vez en la historia española una república democrática abierta, que se declaraba laica, gobernaba los destinos de un país entonces atrasado, en el que los sectores más conservadores del poder económico, la Iglesia más reaccionaria y la aristocracia terrateniente resistían el avance de las ideas democráticas. España era un territorio en el que la inmensa mayoría vivía en la pobreza. Estaban en juego, el poder y los recursos y una vida más digna para todos. La guerra terminó en 1939, casi tres años después. ¡Ay de los vencidos!, advirtieron los fascistas españoles igual que hacían los romanos en solemnidad frente a sus enemigos. ¡Ay de los vencidos! Mientras los golpistas contaron con el apoyo de la Alemania de Hitler y de la Italia de Mussolini, a la República los gobiernos demócratas le negaron el soporte. Lo llamaron entonces, política de no intervención.

caba existir después de Franco. Durante 40 años la dictadura campeó por sus respetos, pero muerto Franco y debilitado el franquismo la transición a la democracia se presentó al mundo como un modelo impecable de consenso, las voces disidentes entonces se acallaron en torno a un gran acuerdo que firmaron las principales organizaciones de

izquierda, algunas fuerzas liberales, la Social Democracia y los propios herederos del franquismo que se sumaron en partidos políticos, aquellos partidos que ellos mismos habían negado a la nueva sociedad. No habría ruptura con el franquismo, se habló de reforma, reforma democrática, claro que a costa de no pedir reclamaciones, ni cuentas, ni desde luego reparaciones, como si fuera posible empezar de nuevo; pero se decía: borrón y cuenta nueva. Hasta los años 60 hubo en España campos de concentración, campos de trabajo forzados. Los presos de Franco construyeron puentes, trasvases, caminos; mano de obra esclava echada en el olvido, como si nada; presos esclavos sin voz, sin memoria, invisibles.

En 1977 se aprobó una ley de amnistía en cuya relación apenas existieron las fuerzas herederas del franquismo; su objetivo: en la calle reclamábamos libertad y amnistía y llegamos a esa firma, a la firma de esa ley. El objetivo de la ley era lograr la excarcelación de los presos y presas antifranquistas, permitir la vuelta del exilio de los supervivientes, pero de memoria nada, mejor no recordar, se decía: borrón y cuenta nueva. Dice el historiador Santos Juliá que la memoria de las víctimas se echó en el olvido, lo que no significa que se olvidara. Se corrió un tupido velo y los horrores del franquismo apenas se nombraron, los victimarios desaparecieron del debate político y las víctimas seguían sin fuerza para nombrarse a sí mismas en público; eso sí, la ley de amnistía extendía sus beneficios a los funcionarios, autoridades y agentes del orden público del franquismo. La constitución del 78 se elaboró con un puñado de expertos que se movían de puntillas en un territorio minado por el aparato franquista: desde





la judicatura a los claustros universitarios, desde el ejército a la policía, todo el aparato del Estado estaba en manos de quienes habían servido y crecido al albur de la dictadura; y ahí siguieron vigilando el cambio, aquello que también describió Lampedusa en el *Gatopardo*: que todo cambie para que todo siga igual.

Esa fue la transición española, una especie de espejismo de reconciliación —lo sabemos ahora—, en la que los derrotados, o mejor dicho quienes hablaban en su nombre, no pedían cuentas, ni reparaciones, ni responsabilidades, ni depuraciones. Deslumbrados por la posibilidad real del poder, por la necesidad de un marco de libertades, se acalló la disidencia y de nuevo la memoria quedó, si acaso, para uso doméstico; borrón y cuenta nueva. Y así nació la democracia, entusiasta y débil, y dio a luz una sociedad dañada, sedienta de paz, de Estado de derecho, acostumbrada a esperar, a convivir con el silencio ¿son sinónimos —pregunto— justicia y Estado de derecho? La España postfranquista necesitaba un Estado de derecho.

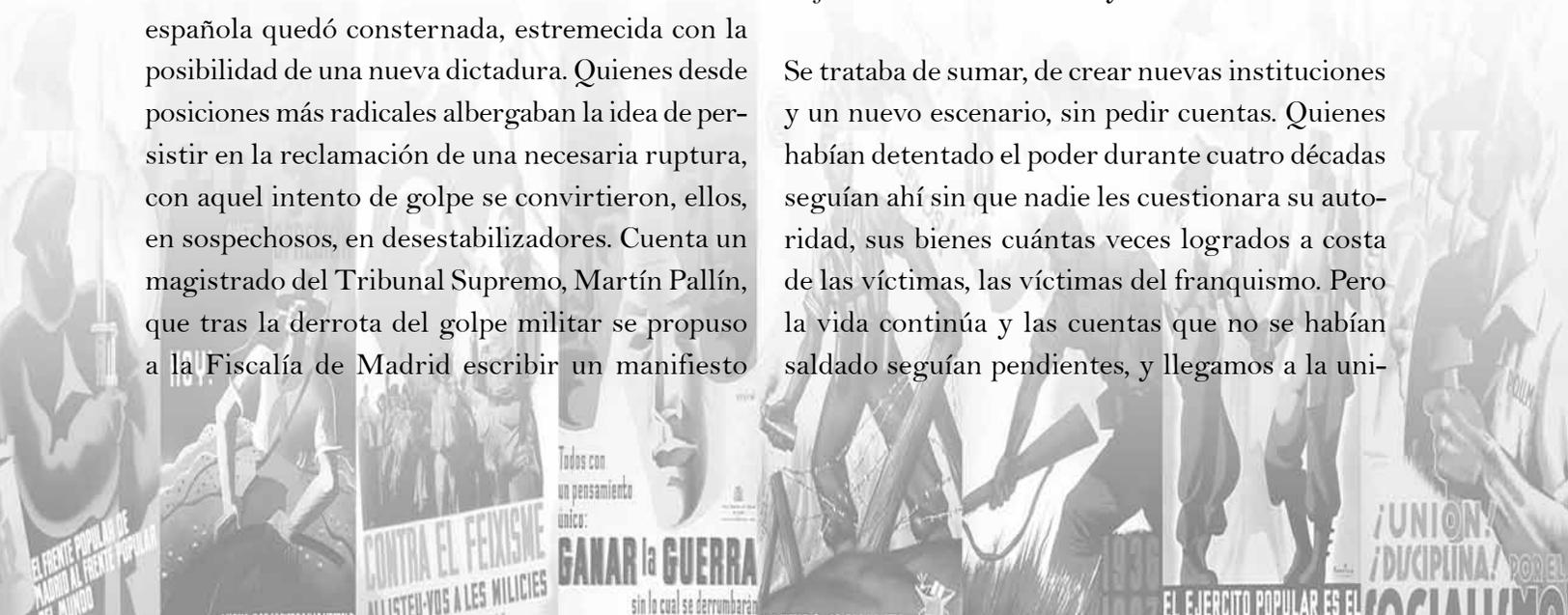
En 1961 sucedió un nuevo intento de golpe de Estado. La Guardia Civil se lio a tiros en el Parlamento español y en algunas ciudades los carros de combate salieron de nuevo a la calle: la sociedad española quedó consternada, estremecida con la posibilidad de una nueva dictadura. Quienes desde posiciones más radicales albergaban la idea de persistir en la reclamación de una necesaria ruptura, con aquel intento de golpe se convirtieron, ellos, en sospechosos, en destabilizadores. Cuenta un magistrado del Tribunal Supremo, Martín Pallín, que tras la derrota del golpe militar se propuso a la Fiscalía de Madrid escribir un manifiesto

en defensa de la democracia. Eran 27 fiscales en Madrid; solamente tres apoyaron la idea, los otros 24 se negaron. Y yo digo ¿será que tenían miedo los fiscales? o es que los fiscales no eran demócratas.

La transición fue el resultado de una correlación de fuerzas en las que las organizaciones democráticas, aún más, las que pugnaban por la ruptura, padecían de una extrema debilidad; fue una democracia vigilada, pero fue la democracia posible. Recuerdo a mi madre: no digas, no vayas, no hagas, te echarán, no te darán trabajo, te señalarán; de fondo hay un miedo sordo, el miedo aprendido, el miedo de siempre. Me viene a la memoria una cita de una conversación entre dos niños mexicanos, que leí hace poco en un informe de la Cruz Roja. Uno algo mayor le decía a otro más pequeño: — ¿qué te pasa? El niño pequeño decía: —tengo miedo. El mayor le preguntaba: — ¿por qué tienes miedo? El pequeño contestaba: —porque mi mamá tiene miedo.

Y si tienes miedo es que eres sospechoso. Esa era la lógica. La España de la transición fue una sociedad sedienta de la libertad y con miedo, como ese niño, heredera del miedo, tratando de salir del miedo. Dijeron entonces: borrón y cuenta nueva.

Se trataba de sumar, de crear nuevas instituciones y un nuevo escenario, sin pedir cuentas. Quienes habían detentado el poder durante cuatro décadas seguían ahí sin que nadie les cuestionara su autoridad, sus bienes cuántas veces logrados a costa de las víctimas, las víctimas del franquismo. Pero la vida continúa y las cuentas que no se habían saldado seguían pendientes, y llegamos a la uni-





versidad, a las fábricas, a los medios de comunicación los hijos y las hijas, los nietos y las nietas de las víctimas y de los vencedores, y de nuevo la memoria reclama su propio espacio, a tientas todavía, y ahora ya de la mano de generaciones libres de la experiencia del terror de la guerra y de la dictadura; treinta años de democracia sin darles la palabra a las víctimas, casi sin sacarles del baúl de los bandidos. Aún hoy en España en las escuelas apenas estudian la historia del siglo XX y se pasa de puntillas sobre la República y el franquismo. Dos o tres generaciones apenas tienen información sobre la dictadura y sus consecuencias, y apenas saben quién fue Franco.

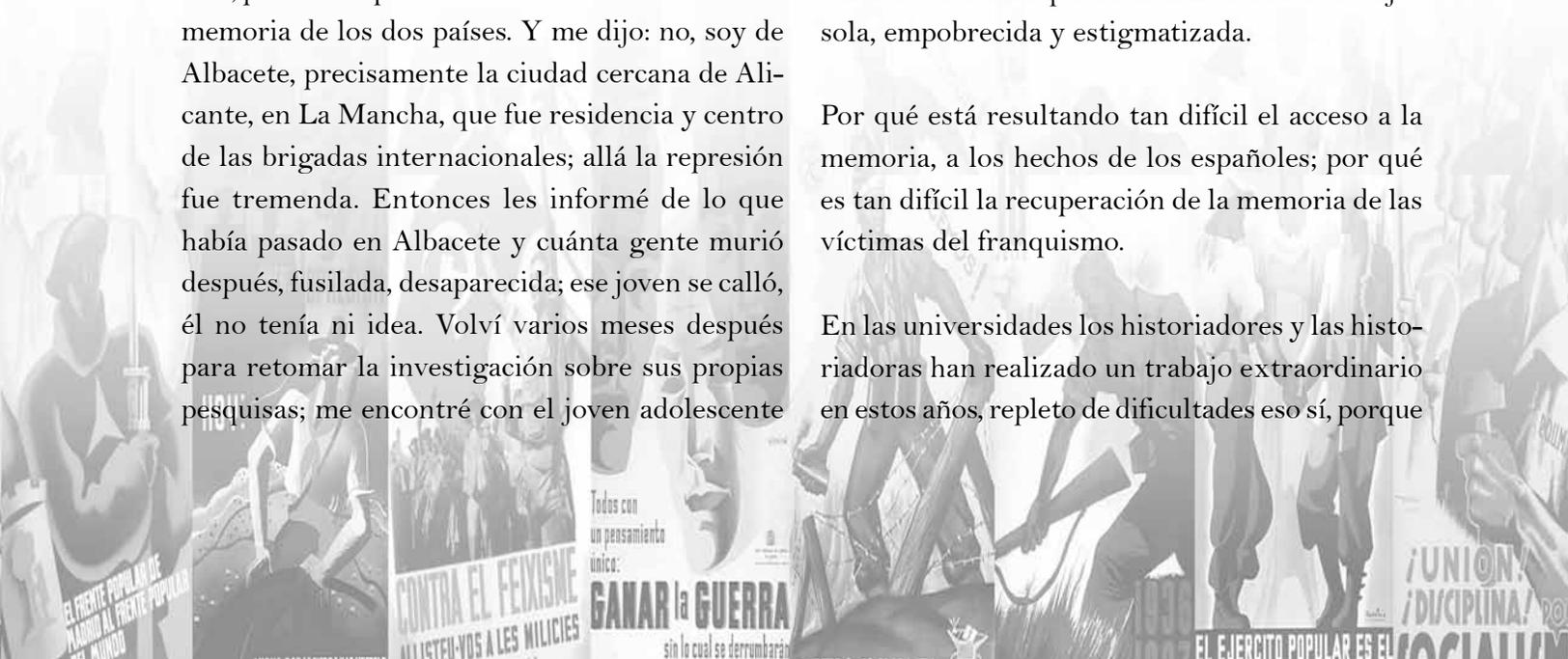
Les contaré que estuve recientemente en una escuela de secundaria para dar un taller sobre memoria. Les pregunté a los estudiantes qué sabían de la guerra, del franquismo, qué les había ocurrido a sus familias. Estábamos hablando de la ciudad donde vivían, donde yo también vivo, en Alicante. Señalé un joven: tú qué sabes de la guerra, tú qué sabes que le pasó a tu familia. No, dijo, yo no sé nada, pero es que yo no soy de aquí. En esa escuela había montones de niños y niñas colombianos, y dije: ¿acaso es que eres de Colombia?, pensando que era el momento de hablar de la memoria de los dos países. Y me dijo: no, soy de Albacete, precisamente la ciudad cercana de Alicante, en La Mancha, que fue residencia y centro de las brigadas internacionales; allá la represión fue tremenda. Entonces les informé de lo que había pasado en Albacete y cuánta gente murió después, fusilada, desaparecida; ese joven se calló, él no tenía ni idea. Volví varios meses después para retomar la investigación sobre sus propias pesquisas; me encontré con el joven adolescente

Me viene a la memoria una cita de una conversación entre dos niños mexicanos, que leí hace poco en un informe de la Cruz Roja. Uno algo mayor le decía a otro más pequeño: —¿qué te pasa? El niño pequeño decía: —tengo miedo. El mayor le preguntaba: —¿por qué tienes miedo? El pequeño contestaba: —porque mi mamá tiene miedo. Y si tienes miedo es que eres sospechoso. Esa era la lógica. La España de la transición fue una sociedad sedienta de la libertad y con miedo, como ese niño, heredera del miedo, tratando de salir del miedo. Dijeron entonces: borrón y cuenta nueva.

transformado. Había preguntado en casa y había sabido que su abuelo materno estaba enterrado en una fosa común y que no podían desenterrarlo en todos estos años. Ahora sabía más de su historia, estaba más interesado por la democracia, por la propia historia y por el valor de su gente, por el valor de su abuela que había mantenido a sus hijos sola, empobrecida y estigmatizada.

Por qué está resultando tan difícil el acceso a la memoria, a los hechos de los españoles; por qué es tan difícil la recuperación de la memoria de las víctimas del franquismo.

En las universidades los historiadores y las historiadoras han realizado un trabajo extraordinario en estos años, repleto de dificultades eso sí, porque





el acceso a los archivos ha estado vedado o plagado de obstáculos: aún hoy los archivos militares no son del todo accesibles. De su mano y de la mano de periodistas e investigadores se ha dado la palabra a las víctimas, se han escuchado sus testimonios, se han visibilizado los campos de trabajo, los niños y niñas robados, las historias de las mujeres a quienes se les rapó la cabeza y se las paseó por sus pueblos después de hacerlas beber aceite de ricino. Pero el Parlamento —¡ay el Parlamento español!— no ha sido capaz de hincarle el diente a la memoria de las víctimas y señalar a los victimarios. Y la derecha española tan sensible, siempre tan sensible, sin querer dicen abrir viejas heridas.

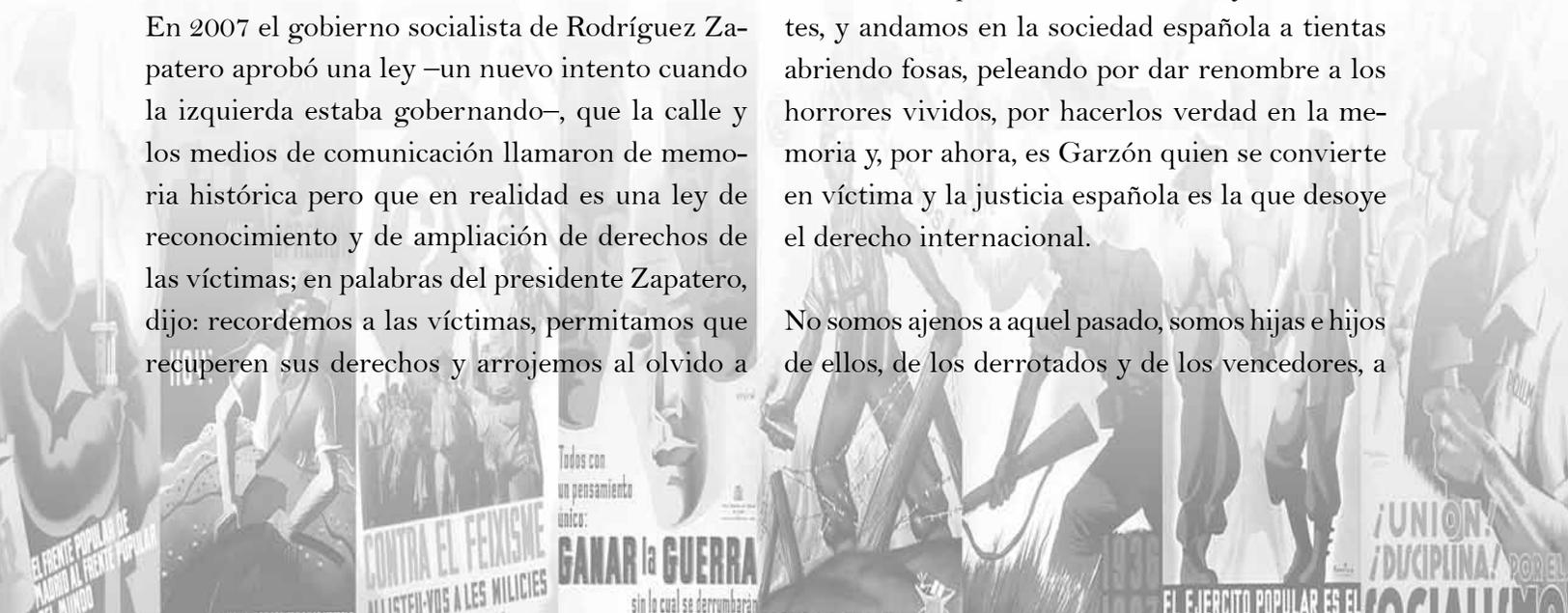
Al final de los años 90 un juez español, Baltasar Garzón, se convierte en valedero de la justicia universal, del derecho penal internacional; con su intervención se procesa por delitos de genocidio a Augusto Pinochet y se abren causas contra otros militares de la dictadura Argentina, un paso tan firme como en cierto modo en falso. Un movimiento que significaba eso que dicen los evangelios respecto a la paja en el ojo ajeno, mientras la causa avanzaba la viga seguía sin dejarnos ver, pero la paradoja se estaba escenificando: Garzón se preparaba para la vuelta a casa.

En 2007 el gobierno socialista de Rodríguez Zapatero aprobó una ley —un nuevo intento cuando la izquierda estaba gobernando—, que la calle y los medios de comunicación llamaron de memoria histórica pero que en realidad es una ley de reconocimiento y de ampliación de derechos de las víctimas; en palabras del presidente Zapatero, dijo: recordemos a las víctimas, permitamos que recuperen sus derechos y arrojemos al olvido a

aquellos que promovieron esta tragedia en nuestro país; de vuelta los victimarios innumerables. Hay veces, en algunos canales de televisión en España, a Franco ni siquiera se le llama dictador.

Y volvemos a Baltasar Garzón, faro del derecho internacional. Por su acción los derechos humanos se convierten en objetivo político de dos organizaciones ultraconservadoras que le acusan de prevaricación, por iniciar en octubre del 2008 una investigación sobre, ¡vaya!, la desaparición de más de 100 mil republicanos que yacen en fosas comunes, más de 2.000 fosas repartidas por toda la geografía española; y sobre el destino de más de treinta mil niños y niñas arrebatados a sus madres en las cárceles para ser entregados a familias de los vencedores; niños y niñas que habrán crecido sin saber de quién son hijos, por supuesto, tantos de nosotros a veces no sabemos de dónde venimos. Como dice el magistrado del Tribunal Supremo, Martín Pallín, si las cartas de la historia se hubieran barajado de distinta forma, no hay duda de que el sitio del dictador Franco hubiera sido el banquillo de un Nüremberg español. Si esos asesinatos masivos se hubieran ejecutado en nuestros días, su destino tal vez hubiera sido la Corte Penal Internacional, pero, dice él, tenemos otra historia que aún convive con leyes aberrantes, y andamos en la sociedad española a tientas abriendo fosas, peleando por dar renombre a los horrores vividos, por hacerlos verdad en la memoria y, por ahora, es Garzón quien se convierte en víctima y la justicia española es la que desoye el derecho internacional.

No somos ajenos a aquel pasado, somos hijas e hijos de ellos, de los derrotados y de los vencedores, a





veces juntos en nuestra propia sangre, de quienes todo lo perdieron y de quienes se beneficiaron de la victoria del terror. Nos corresponde entonces a nosotros poner orden en la casa y asumir las responsabilidades que correspondan, también si los nuestros se beneficiaron de las víctimas. Recuerdo a Plácida Armengol, una anciana de un pueblo aragonés llamado Aguaviva; me contó hace algo más de diez años, que se había casado con un hombre que no era de los suyos, porque los suyos estaban todos muertos, en la cárcel o en el exilio, todos. Plácida tuvo un hijo y guardó silencio sobre su historia; como los soldados que vuelven del campo de batalla, se mantuvo muda y así pasó hasta que años después llegó un grupo de mujeres de la Universidad de Zaragoza buscando historias que contar, que compartir y escuchar, y yo también estuve allí. El hijo de Plácida supo la historia de su madre cuando la publicaron las jóvenes de la Universidad de Zaragoza. La sociedad española debate por un nuevo consenso que apenas alcanza la vida política; la derecha española insiste: no hay que abrir las heridas, pero se equivocan, las heridas están abiertas. Para cerrarlas hay que afrontar la verdad públicamente y que cada cual asuma su herencia y ajuste sus cuentas con la historia en la que todos estamos unidos para siempre, porque el dolor une más que la felicidad, como decía Renán.

Nuestra historia no es una historia ejemplar, es solo nuestra historia. El difícil recorrido hacia

una sociedad que respete los derechos humanos debe replantearse en cada generación. El silencio ha sido en nuestra historia un arma para las víctimas, a veces la única, por sorprendente que nos parezca. Honremos entonces ese silencio si les ayudó a sobrevivir, pero ha llegado el tiempo de la palabra; no es el momento de juzgar el pasado, solo de reconocerlo. Centremos nuestros esfuerzos en juzgarnos a nosotros mismos; la vida como el río sigue y yo me coloco de su parte. Asumamos nuestra responsabilidad, avancemos con ella, saquemos la lección de la historia, resolvamos nuestros asuntos con la vida por delante, con la vida también, y el recuerdo de las víctimas por delante. ¿Logrará la sociedad española someter su memoria a la justicia internacional? Está por escribir el final de esta historia.

Quiero terminar con un pequeño poema que Soledad Estorach —una anarquista que murió en el exilio francés en 1985 pues no pudo regresar a España, también porque no tenía medios para volver—, le escribió en una carta a su amiga Conchita Liaño, otra anarquista que vive todavía en el exilio en Caracas. Dos anarquistas ejemplares que fueron fundadoras en España, durante la República, de una organización de vanguardia que se llamó Mujeres Libres, que solo hasta los años setenta pudimos igualar en su programa de lucha para las mujeres. Ella, Soledad, le decía a Conchita:

*Nuestras alas quebradas, pero alas al fin,
son un tesoro inapreciable.*

Con ellas, hasta en la noche hay luz.

HOY: Lo peor hubiera sido haberlas perdido o no haberlas tenido nunca.

